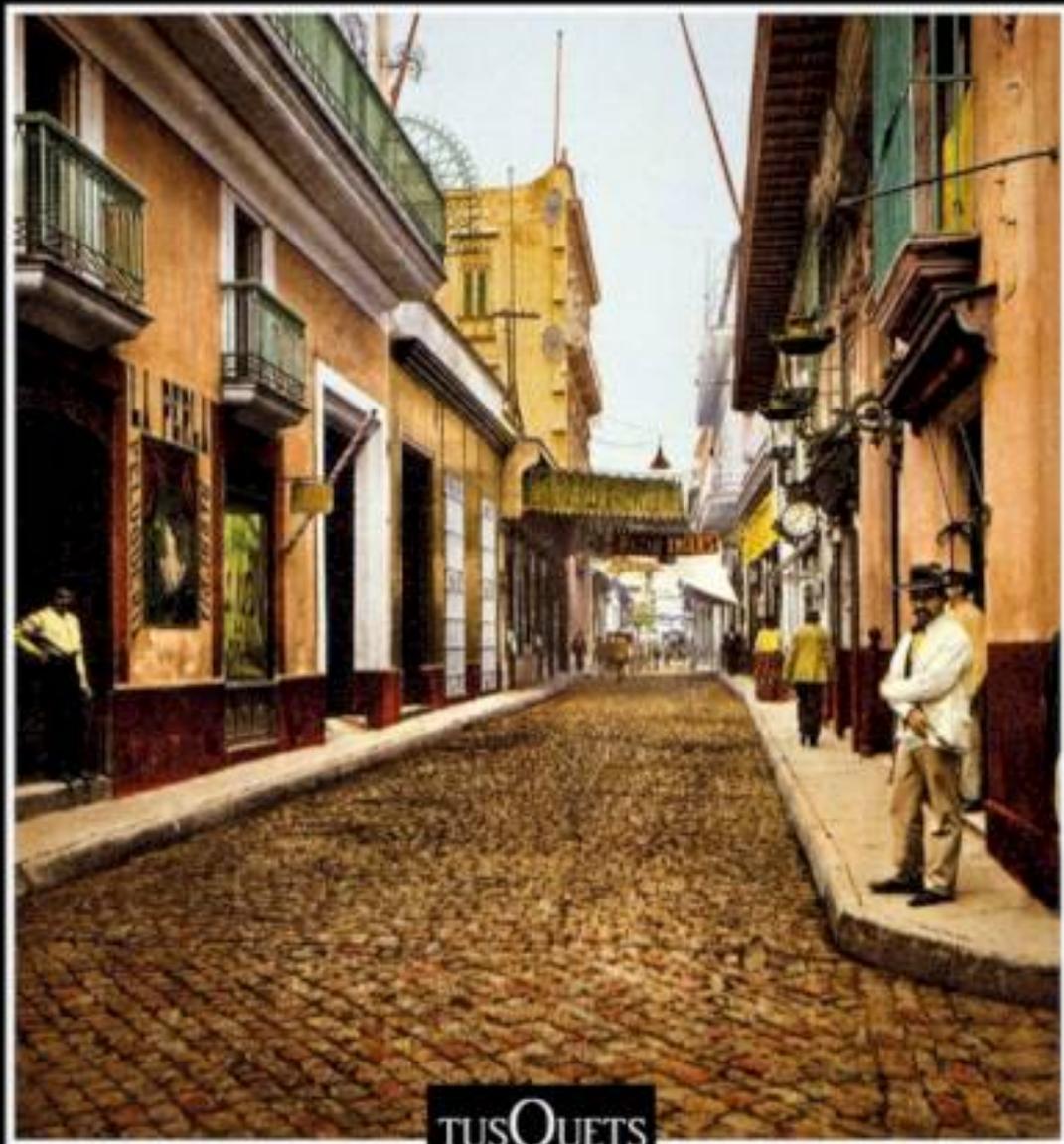


Leonardo Padura

LA TRANSPARENCIA DEL TIEMPO

colección andanzas

SERIE
**MARIO
CONDE**



TUSQUETS
EDITORES

Índice

T.L,2

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. 4 de septiembre de 2014

2. Antoni Barral, 1989-1936

3. 5 de septiembre de 2014

4. 6 de septiembre de 2014, víspera del día de la Virgen de Regla

5. Antoni Barral, 1936

6. 7 de septiembre de 2014, día de la Virgen de Regla

7. 8 de septiembre de 2014, día de la Virgen de la Caridad del Cobre

8. 9 de septiembre de 2014

9. Antoni Barral, 1472

10. 9 de septiembre de 2014 (noche)

11. 10 de septiembre de 2014

12. Antoni Barral, 1314-1308

13. 11 de septiembre de 2014

14. 12 de septiembre de 2014

15. Antoni Barral, 1291

16. 13 de septiembre de 2014

17. 14 de septiembre de 2

18. 14, 15 y 16 de septiembre de 2014

19. Antoni Barral, 8 de octubre de 2014

20. 9 de octubre de 2014. Cumpleaños

Epílogo. 17 de diciembre de 2014, día de San Lázaro

Nota del autor

Créditos

Sinopsis

A un Mario Conde a punto de cumplir sesenta años, y que se siente más en crisis y más escéptico que de costumbre con su país, le llega de manera inesperada un encargo de un antiguo amigo del instituto, Bobby, que le pide ayuda para recuperar la estatua de una virgen negra que le han robado. Conde descubre que esa pieza es mucho más valiosa de lo que le han dicho, y su amigo tiene que confesarle que proviene de su abuelo español, que, huyendo de la Guerra Civil, la trajo de una ermita del Pirineo catalán. En los bajos fondos de La Habana, Conde da con un sospechoso al que acaban matando. Con el asesinato de otro cómplice, Conde descubre una inesperada trama de galevistas y coleccionistas extranjeros interesados en la talla medieval, y se tropieza inevitablemente con la policía de homicidios de La Habana. Pero, en capítulos intercalados, La transparencia del tiempo también cuenta la epopeya a lo largo de los siglos de la estatua, una virgen negra traída de la última cruzada a una ermita del Pirineo por un tal Antoni Barral, y será otro Antoni Barral quien la salve y se vea obligado a embarcar como polizón rumbo a La Habana.

LEONARDO PADURA
LA TRANSPARENCIA DEL TIEMPO

A Lucía, ya se sabe cómo y por qué

Dice ahora, a quien quiera oírlo, que regresa de donde nunca estuvo.

Alejo Carpentier, *El camino de Santiago*

4 de septiembre de 2014

La luz rotunda del amanecer tropical, filtrada por la ventana, caía como el haz teatral proyectado sobre la pared de donde pendía el almanaque con sus doce cuadrículas perfectas, distribuidas en cuatro hileras de tres rectángulos cada una. Los espacios del calendario originalmente habían sido cromados con tonos distintivos entre el verde juvenil de la primavera y un vetusto gris invernal, un juego que solo un diseñador muy imaginativo podría asociar con algo tan inexistente en una isla del Caribe como las cuatro estaciones del año. Con el paso de los meses, algunas cagadas de moscas habían contribuido a decorar la cartulina con erráticos puntos suspensivos; varias tachaduras y los colores cada vez más fatigados testimoniaban la utilización práctica del impreso y la exposición a la luz de esmeril que cada día lo asolaba. Trazos de geometrías diversas y caprichosas, grabados alrededor, en los bordes, incluso sobre la superficie de ciertos números, remitían a recordatorios en su momento invocados, luego quizás olvidados, nunca cumplidos. Marcas del paso del tiempo y advertencias a una memoria en fase esclerótica.

Los guarismos encargados de especificar el año corriente, en el borde superior del calendario, habían recibido una atención muy especial, con varias señales crípticas, y la cifra precisa encargada de indicar el noveno día de octubre aparecía encerrada entre varios signos de perplejidad, más que

de admiración, rayados con saña y con un bolígrafo de tinta negra, apenas un poco más tenue que la utilizada por los impresores para fijar las letras y los números en la cartulina. Y junto a las admiraciones, la cifra mágica de resonancias numerológicas, de recurrencia perfecta, en la que nunca antes él había reparado: 9-9-9.

Desde que comenzara aquel año lento, turbio, aceitoso, Mario Conde había tenido una tormentosa relación con las fechas en curso. A lo largo de su vida y a pesar de haber sido siempre tan histórico, recordador y obsesivo, en general le había prestado poca atención a la conexión de las huellas y aceleramientos del tiempo con lo que esos hitos y velocidades implicaban, como muescas precisas, para su propia vida y para la vida de quienes lo rodeaban. Con demasiada y lamentable frecuencia olvidaba edades y cumpleaños, aniversarios de boda, datas de acontecimientos baladíes o intensos que para otras personas serían (o eran) memorables: como celebración, duelo o como simple marca en los cíclicos cumplimientos de los devenires vitales. Pero la evidencia alarmante de que entre los trescientos sesenta y cinco días delimitados por las cuadrículas de aquel calendario barato se agazapaba al acecho el día para él todavía inconcebible, aunque amenazadoramente definitivo y real, en que cumpliría los sesenta años le había provocado una persistente conmoción que crecía con la proximidad de la efeméride: 9-9-9. La evidencia de una cantidad tajante, incluso de sonoridad obscena (sesenta, sesenta, algo se desinfla y estalla, sse-sssen-ta), se le había presentado como una ratificación incontestable de lo que su físico (rodillas, cintura y hombros oxidados; hígado envuelto en grasa; pene cada vez más perezoso) y su espíritu (sueños, proyectos, deseos mitigados o para siempre extraviados) iban sintiendo desde hacía algún tiempo: la obscena llegada de la vejez...

¿De verdad ya era un viejo? Para intentar saberlo, de pie ante el almanaque adornado con un paisaje borroso y crucificado con un par de clavos hundidos en la pared de su cuarto, Conde respondía a su interrogación con nuevas

preguntas: ¿su abuelo Rufino no era un viejo cuando, a sus sesenta años, lo llevaba a las galerías de la ciudad y sus alrededores y le enseñaba las artes y mañas de la lidia? ¿Acaso a Hemingway no le decían el Viejo desde unos años antes de su suicidio, a los sesenta y tres? Y Trotski, ¿no era El Viejo cuando a los sesenta y dos Ramón Mercader le abrió en dos el cráneo de un estalinista y proletario pioletazo? Para empezar, Conde conocía sus limitaciones y se sabía muy distante de su pragmático abuelo, de Hemingway, de Trotski o de otros ancianos célebres gracias a razones justas o espurias. Por ello sentía que, aun cuando se abocaba a la cifra dolorosa, redonda y decadente, tenía razones de sobra para no pretender ser un Viejo, con derecho a la mayúscula, sino que apenas se estaba convirtiendo en un viejo de mierda, categoría más que merecida en su caso, en la escala de las senectudes posibles y clasificadas con celo académico por la muy seria ciencia geriátrica y la empírica sabiduría de la filosofía callejera.

En mañanas como aquella, sofocantes desde el amanecer e inauguradas con la atención detenida sobre el calendario, esos cruces perversos de la aritmética, las estadísticas, la memoria y la biología solían invadirlo con una angustia creciente. El efecto intelectual de la relación se manifestaba a través de una certeza punzante. Porque incluso en el mejor de los casos (que en el suyo apenas implicaba el hecho de seguir vivo, si su hígado y pulmones lo acompañaban) ante él se erguía la evidencia numérica de haber gastado ya las tres cuartas partes (quizás más, nadie lo sabe) del tiempo máximo que pasaría en la tierra y la firme convicción de que el último plazo probable no iba a ser para nada el mejor. Él sabía a la perfección que ser viejo —incluso sin llegar a ser un viejo de mierda— resulta una condición horripilante por todo lo que conlleva, pero, muy en especial, por arrastrar consigo una amenaza insobornable: la cercanía numérica y fisiológica de la muerte. Porque dos y dos son cuatro. O mejor: cuatro menos tres es uno..., solo uno, un cuarto de vida, Mario Conde.

Dolores físicos y frustraciones existenciales aparte, la bandera roja visible en un horizonte que podía acercarse o alejarse, pero nunca desvanecerse, lo había atenazado con mayor rigor esa mañana. Urgido por sus necesidades urinarias y de supervivencia, enfrentó la decisión de abandonar la cama, apartar los deseos de hundirse en la lectura de un buen libro (¡todavía le quedaban tantos por leer y cada vez menos tiempo para vencerlos!) y hasta una persistente apatía de lanzarse a la escritura propia. Por ello, luego de expulsar la abundante y fétida orina matinal, comenzó el cada vez más arduo proceso de acorazar su ánimo para disponerse, otra vez, a hacer su mejor esfuerzo y tratar de impedir que la llegada impostergable de la muerte se anticipase y produjese por el simple camino de la inanición. En fin: que debía salir a la puta calle, a la concreta, a buscarse la vida que le quedaba para retardar en lo posible la llamada fatal y olvidarse de sus pajas mentales pseudofilosóficas o literarias.

Mientras bebía el café y miraba con odio la malvada cajetilla de los cigarrillos a los que no había podido ni querido renunciar, observó el sueño apacible de su perro, el antes huracanado *Basura II*, a quien los años vividos también habían vuelto lento y hasta más hogareño. En los últimos tiempos el animal, siempre enamorado y callejero, dormía siestas prolongadas y comía con menos furia, haciendo evidente su propia vejez, visible en el encanecimiento de su hocico, en la opacidad de su mirada exigente y en el oscurecimiento de su dentadura... ¡Qué desastre!, se dijo y, dedicado a acariciar la testa y las orejas de su perro, trató sin demasiado entusiasmo de comenzar a planificar su jornada. El ejercicio le resultó tan fácil que le sobró tiempo para seguir filosofando cuando ya absorbía las bocanadas de su primera dosis de nicotina del día. Porque, como cualquier otra mañana, saldría a patear la ciudad en busca de libros viejos en venta, luego comería alguna cosa digerible por la calle o algo mucho más sustancioso si se dejaba caer por la casa de Yoyi el Palomo, su socio comercial. Más tarde, con ron o en sobriedad, pasaría por la casa de su amigo el Fla-

co Carlos para cerrar la jornada pernoctando en los dominios de Tamara, a la que le había regalado dos días de ausencia injustificada. El panorama no parecía demasiado novedoso, aunque tampoco lamentable: trabajo, amistad, amor, todo un poco desgastado, también envejecido, pero aún sólido y real. Lo jodido, reconoció ante sí mismo, era su estado de espíritu, cada vez más marcado por la tristeza y la melancolía, y no solo por el peso de su edad física o la temida cercanía de un aniversario de mal sonido y peores consecuencias, sino por la certeza de su exultante frustración vital. Al borde de los sesenta años, ¿qué tenía?, ¿qué legaría? Nada de nada. ¿Y qué le esperaba? La misma nada al cuadrado o algo peor. Esas eran las únicas respuestas a su alcance para cada una de tan simples y pegajosas interrogantes. Y, para mayor desasosiego, también las únicas que podía regalarse tanta gente, conocida o desconocida, ubicada en su edad y colocada en su tiempo y espacio.

Ya vestido, después de darle algunas sobras de comida a *Basura II* y otra tanda de caricias útiles para sacarle un par de garrapatas, cuando se dispensaba la tercera y última taza de la infusión escurrida de su cafetera italiana, incluso con el ánimo algo mejorado, lo sobresaltó el timbre del teléfono. Desde hacía un tiempo, las llamadas a primera o última hora del día disparaban sus alarmas. Con tantos viejos como él a su alrededor, cualquier llamada podía llegar para anunciar algún final o presagio de final.

—¿Sí? —preguntó, a la expectativa, siempre temiendo lo peor.

—¿Es la casa de Mario Conde? —dijo una voz lenta, indagadora, difícil de definir, pensó que desconocida.

—Ajá —afirmó, más expectante, y exigió—: Diga.

—A ver, ¿va que tú no sabes quién te habla?

La tensión se desinfló. Esa precisa interrogación telefónica siempre conseguía alterarle los nervios de una forma que a veces lo abocaba a la violencia asesina. Y ese día, luego de haber disfrutado de un amanecer tan sartreano, lo agujoneó como un miura.

—¿Cómo cojones usted pretende...?

—Ay, chico, perdona —rogó la voz, ahora rápida y decidida, que se apresuró a añadir—: Soy Bobby, Bobby Roque, el del pre..., ¿te acuerdas?

Conde cerró los ojos, asintió, sonrió, negó, al tiempo que percibía entre sus neuronas el nítido aletear de nostalgias remotas, casi extraviadas, perfumadas con el olor turbio y a la vez amable del pasado. Sí, claro, se acordaba.

Roberto Roque Rosell. Ro-Ro-Ro... La confluencia de sus dos apellidos había sido rematada con su nombre, Roberto, para que con todas aquellas erres y oes, rotundas, robustas, roncacas, su virilidad quedase expresada, rutilante desde la nominación que lo acompañaría por la vida, bajo el precario precepto de que el nombre también hace al hombre. Tal vez por ello —o mejor: para ello—, sus padres se negaron a llamarlo Robertico, Robert, Robby, sino siempre, desde la cuna, cuando era un bebé rollizo, lo apodaron Robertón, confiados en que con su andadura por la vida y su estampa, que presumían imponente, honraría al apelativo y justificaría todas las ilusiones de sus progenitores... Quince años después de su bautismo, cuando Conde coincidió con él en una de las aulas del preuniversitario de La Víbora —las mismas donde conoció al Flaco Carlos, a Andrés, al Conejo, a Candito el Rojo y, por supuesto, a Tamara y hasta a Rafael Morín—, aquel muchacho delicado y famélico, dos o tres pulgadas más alto que el resto de sus compañeros (aunque con menos libras de las necesarias para redondear su desgarrada estampa), en que se había convertido Roberto Roque Rosell no era conocido como Robertón, para frustración de sus padres, sino como Bobby. Y no porque Bobby fuera uno de los diminutivos anglómanos posibles, tan de moda en aquellos años, y ni siquiera por el hecho de que corrieran los tiempos de mayor celebridad excéntrica de Bobby Fischer. Bobby debía ser Bobby porque el mote tenía el sabor semántico que mejor cuadraba con los rasgos más notables de la personalidad de su dueño: a sus

quince, dieciséis años, el antes pretendido Robertón era medio bobo y un poco demasiado lánguido —o más bien medio maricón, para los ásperos códigos lingüísticos y culturales de Conde y su tribu.

A pesar de que nunca habían sido lo que se dice amigos, la coyuntura de que por un par de años coincidieran en la misma aula creó cierta cercanía entre Conde, Carlos, el Conejo y Andrés con el evanescente Bobby, con quien en realidad no tenían mucho en común. Y es que a Bobby ni siquiera le gustaba hablar de pelota, y en los turnos de clases dedicados al estudio de materiales políticos se comportaba como un cancerbero ideológico repetidor de consignas, y en cuestiones de música era tan anormal como para preferir a una tal María Callas antes que a Los Beatles y hasta Creedence. Sin embargo, la capacidad del muchacho para las materias científicas lo convirtió en una joya preciada a la cual acudieron sus congéneres durante los apresurados repasos de esas empedradas asignaturas el día antes de los exámenes. Conde y sus amigos lo habían acogido entonces como una especie de monitor, relación a cambio de la cual le ofrecían a Bobby cierta protección de las posibles y frecuentes crueldades y burlas de otros compañeros de estudio, por lo general dispuestos a machacar cualquier manifestación de debilidad o de gusto ¡por María Callas!

Por esos tiempos Conde y sus amigos varias veces lo hablaron, lo discutieron, lo analizaron en colectivo y llegaron a la conclusión de que Bobby aún no era homosexual, pero que al primer traspie que sufriera terminaría ensartado. Y no sería con una flecha lanzada por Paris o Pándaro, como los héroes griegos de la *Ilíada*, de los cuales Bobby solía hablar como si los hubiera conocido en persona. «¿No les parece raro que le guste tanto Aquiles, eh?», solía preguntar el Conejo, más devoto de los troyanos que de los cornudos aqueos. Por su lado el Flaco Carlos, que en esa época era muy flaco y además tan samaritano como lo sería por el resto de su vida, pretendió incluso alejar a Bobby del tropezón fatal. Se asignó como tarea buscarle una fémina

salvadora entre las amigas de Dulcita, su novia de aquel y de otros tiempos, aunque su gestión no tuvo éxito: ni unas (las amigas de Dulcita) ni otro (Bobby) se mostraron demasiado dispuestos a optar por esa solución carnal, y pronto Bobby y las muchachas terminaron siendo amigos y hasta confidentes de esos que hablan en susurros, con risitas y tomados de las manos.

Cuando terminaron el pre y se dispersaron por las distintas facultades universitarias, Conde siguió viendo a Bobby, ya con menos frecuencia. A veces se topaban en el comedor universitario, en alguna oportunidad coincidieron en uno de los recurrentes mítines políticos de obligatoria asistencia organizados por la Federación de Estudiantes, en ocasiones viajaron en la misma guagua. En cada encuentro se saludaban con afecto, casi con alegría por parte de Bobby, sin hablar demasiado, quizás porque sus mundos particulares se habían distanciado y ambos sentían que tenían menos de que hablar. Para sorpresa de Conde —que esa misma noche remota les había revelado el hallazgo a sus amigos—, una tarde se había topado con Bobby en un bar cercano a la universidad donde en las tardes era posible concretar el milagro habanero de conseguir cerveza. Y Bobby no solo estaba allí bebiendo los ansiados *láguers*, sino que lo hacía acompañado de una mujer a la cual presentó como su novia. Aunque en opinión de Conde la muchacha no era nada cercano a una belleza —mucho más baja que Bobby, algo gordita, con un aspecto y gestos que al antiguo compañero, quizás por sus prejuicios, le resultaron un tanto rudos—, los viejos colegas de Roberto Roque Rosell se alegraron por la conquista de Bobby. Solo el Conejo, siempre dialéctico e histórico, opinó que ese acontecimiento en realidad no significaba nada definitivo: el viejo Bobby bien podía ser ambidextro, ¿verdad? ¡Como Aquiles, el de los pies ligeros!

Durante el encuentro, que llegaría a ser memorable, Bobby se había mostrado exultante y feliz, pues celebraba su ingreso en la selectiva y honrosa Juventud Comunista. Por ello invitó al ex compañero del pre a compartir un par de